

Título: *Bijirita*.

Personaje: Albert.

Nota. Bijirita es un ave nerviosa y pequeña. El macho tiene el mismo color del plumaje que la hembra.

Escenografía:

Un sofá cama, encima un pijama, en el espaldar una toalla. Una pequeña mesa de centro con un vaso de agua, un tira piedra, un tirachapas, algunas calderilla y chapas de botellas. Una lámpara de pie, a ambos lados del sofá, dos sillas plásticas con piezas de ropa encima. Por el piso, papeles escritos arrugados.

Texto.

La luz totalmente apagada, en ocasiones un flas refleja el cuerpo de Albert, que se masturba de espaldas al público. Contrayéndose excitado, expresa su revelamiento, corporalmente y verbal. En intervalos se escucha el sonido de un taca, taca, parecido a los picotazos de un pájaro carpintero en la corteza de un árbol.)

Albert: ¡Ay... ¡Ay! Fuiste tú quien me enseñó el placer de un orgasmo.

¡Ay... ay....ay...ay...jamás te iras de mi vida!

(Su revelamiento dura hasta la eyaculación. Se va iluminando tenuemente el escenario. El sonido del taca, taca, aumenta. Albert se pone el pijama, quedando desnudo de la cintura hacia arriba y descalzo. Huele su espermatozoide y se lo restriega en el cuerpo. Coge el vaso de agua de la mesa y cabizbajo, camina a proscenio. El sonido del taca, taca, disminuye.)

Albert: ¿Qué pasos podré dar amarrado a tu sombra...

(Se huele las manos, siente fragancia.)

Hicimos el amor dentro de una nube.

(Levantando las manos hacia arriba.)

La lluvia... aquella lluvia de invierno...

(Se tira el vaso de agua por el cuerpo.)

arrancó todas nuestras miserias.

(Sonido de taca, taca.)

Tu vida se ha hilado dentro de mí...

(Más repetitivo el sonido de taca, taca.)

En mi corazón están dibujados tus recuerdos.

(Da un sobresalto y se queda mirando desconcertado. Tiene el cuerpo empapado de sudor y agua. Toma la toalla y se seca. Sonido con más frecuencia.)

¡Desde aquel día... desde siempre... siempre...siempre!

(Cesa el sonido. Dirigiéndose al público.)

¿Alguien en su adolescencia sintió el trino de un pájaro azul en su corazón?

(Un escalofrió le recorre el cuerpo.)

¿Alguien continua sujeto al cordón umbilical del pasado?

(Limpia con la toalla el sofá y la tira encima.)

La existencia nos separa de lo que realmente amamos.

(Juzgando al público.)

¿Conocen o conocieron a alguien que haya sido una sombra en su vida?

(Pausa.)

Las sombras no tienen alma...

¡Amar es darlo todo sin esperar nada a cambio!

(Desafiante.)

En mi adolescencia asesiné al ser que amé locamente en la sombra.

Desde entonces mi alma es un velamen.

(Sonido de taca, taca.)

¡El amor es un pájaro de pico afilado y plumas de seda!

¿A alguno de los presentes se le retuerce el alma por el amor a otro ser que no fue capaz de comprender?

(Pausa.)

¡Nunca hay respuesta!

Andamos con el alma retorcida creyendo que el tiempo nos arreglará la vida;

ignorando que el tiempo es solo un escalón para trepar al infinito.

(Toma el tirapiedras en las manos. Estira las ligas apuntándole al público.)

Presas de mis prejuicios comulgué en el sexo.

(Deja el tirapiedras encima de la mesa y toma el tirachapas.)

En ocasiones he sentido la necesidad de morder la tierra en algún lugar que sea de chocolate.

(Apunta hacia el público.)

Los predicadores de la moral intentan domesticar al ser humano.

(Hace que dispara.)

¡No los escuchen... mienten! **(Gritando, desgarrándose.)** ¡Mienten!

Estoy persuadido por el dolor que aflora, hablarles de mí...

(Sonido de taca, taca.)

Si no han sentido el trino de un pájaro azul y un taca, taca, en su corazón, no podrán comprender...

(Vuelve a dispararle al público y camina a carcajadas el escenario.)

De niño me molestaba que mi madre me llevara de su mano a la escuela. Sentía que de ir solo, los que me veían me considerarían un verdadero macho.

(Pausa.)

Rechazaba la mano de mi madre y caminaba distanciándome lo más posible de ella.

(Tira el tirachapas en la mesa.)

Ahora sometido de inseguridad, siento miedo de estar suelto de su mano.

(Asustado camina hacia atrás.)

Mi madre al dejarme en la escuela siempre me advertía que no fuera a dañar mi única muda de ropa, ni los zapatos que habían sido de mí primo...

(En burla.)

Mi primo era gordo y patón como un rinoceronte. Había muchachos que en burla me gritaban, espantapájaros.

(Riendo.)

Los zapatos me quedaban tan grandes que los calzaba con algodones o papel periódico para que no se me salieran de los pies al caminar.

(Pausa.)

¡Cuántas burlas recibí por aquellos malditos zapatos... ¡Terminé dándoles candela!

(Haciendo que recuerda.)

Jugando a la hora del recreo, al correr, me tropezaba un pie con el otro y caía en la gravilla, pelándome las rodillas y las manos.

(Tropieza con los pies y cae, hace que los zapatos le quedan grandes.)

Cuando iba por los aires mi preocupación era mi camisa o el pantalón que no aguantaban un zurcido más.

(Asustado.)

Cada vez que mi madre me veía llegar con agujeros en el pantalón o sin un botón en la camisa... ¡Venían los castigos!

(Afirmando, recalcando las palabras.)

Poco importaba que tuviera mi carne desgarrada.

(Pausa.)

Ella me desnudaba y me hacía meterme en la cama.

De nada valían mis súplicas, mis lágrimas o mi promesa de no correr más a la hora del recreo.

A estos castigos se sumaban las quejas de los diferentes maestros.

¡Mi madre siempre les daba la razón!

(Irónico.)

La mayoría de los maestros se volvían tus enemigos.

(Contrariado.)

Tenía un maestro mariquita que dejaba castigados a los alumnos para hacerles sexo oral o jugar a la argolla. El juego consistía que te sentaras en su silla, él te vendaba los ojos y te bajaba los pantalones hasta las rodillas. Comenzaba a tocarte el pene o a chuparlo hasta que estuvieras bien excitado. Se abría las nalgas y lentamente se acomodaba como una gallina en su nido encima de una postura. El alumno que se negara jugar a la argolla, lo volvía su enemigo.

Solo entonces comprendí las notas sobresalientes de pepe el burro.

(Pausa.)

El día que le dije a mi madre que ese maestro daba quejas mías porque él quería que lo cogiera... ¡Pass!, enfurecida me partió la boca, me desnudó y me castigó a quedarme en la cama sin límite de tiempo.

(Va donde está el tirapedras y el tirachapas, juega con ellos y lo coloca en el mismo lugar.)

A través de la ventada me ponía a contemplar el almácigo y el almendro que mi padre, años atrás, antes de separarse de mi madre había sembrado.

(Contemplando.)

Veía aquel almácigo como un amigo triste como si estuviera falto de una caricia.

(Pausa.)

Al almendro agujereado su tronco por el pájaro carpintero. Taca...taca, taca, aquel maldito pájaro lo estremecía de dolor, con el constante, taca...taca.

Mi madre decía que un almendro en flor era muy bello y ella se sentaba a su sombra a contemplarlo.

(Sonido de taca, taca. Se tapa los oídos.)

Pero el taca, taca, taca, de aquel maldito pájaro no cesaba.

Yo sentía dolor por su incapacidad de protegerse y lo comparaba a Bijirita.

(Sonido de taca, taca.)

Me imaginaba que el almendro odiaba a ese pájaro loco que le daba picotazos y picotazos en su corteza.

(Con énfasis.)

Taca, taca, taca, yo también sentía que algo me picoteaba por dentro.

Desde los encierros de aquellas tardes, contemplando la caída de las sombras, he experimentado el dolor que produce la impotencia... y el único escape a la soledad, era el placer de masturbarme.

(Pausa.)

Desde entonces aprendí que guardar silencio es comulgar en el dolor.

(Pausa.)

Asomado a la ventana veía a las nubes formando diferentes figuras.

Me desconcertaba desear hacer el amor con bijirita dentro de una nube.

(Se mete las manos dentro del pijama, se toca el sexo y se huele las manos.)

Yo recuerdo haber visto a una negra nube preñada de lluvia, e imaginarme a mi maestro el mariquita, embarazado de pepe el burro. Mi madre siempre quiso saber de qué me reía. Cuando se desataba la lluvia, contemplaba bajar el agua por la copa del almendro y sentía las manos de bijirita acariciando mi sexo y me excitaba.

(Vuelve se toca el sexo y se huele las manos.)

Mi madre nunca comprendió mi silencio... Me cerraba la ventana aunque le suplicara. Ella sabía cómo doblegarme y sabía que al cerrar la ventana me dejaba ausente del mundo.

(Hace que se seca una lágrima. Dirigiéndose al público.)

¡No guarden silencio cuando amén...no lo hagan!

...Llevarán ese dolor por vida.

(Pausa.)

Se puede llegar a amar tanto a un ser, que su ausencia te hará andar a la deriva como un barco de papel en alta mar.

(Sonido de taca, taca.)

Yo llevo en mi alma las caricias de mi madre, el taca, taca, del pájaro carpintero, la tristeza del almacigo, el dolor del almendro, las gotas frías de lluvia de aquella nube, y el amor de un ser, que el miedo no me permitió comprender.

¡Mi vida ha estado poseída por el hechizo de una tarde!

(Pausa.)

Desde entonces he sobrevivido en las subterráneas aguas de la existencia.

(Juega con el tirapiedras.)

¡En el barrio donde crecí...si no eras duro, perdías el culo!

(Juega con el tirachapas.)

Si eras flojo, el más grande lo lograba a las buenas o golpeándote.

(Deja el tirachapas en la mesa.)

Si llegaba a suceder, te convertías en la perra del barrio y de todos los barrios circundantes, los cuales estaban cundidos de promiscuos pedófilos.

(Pausa.)

A bijirita lo sometían para hacerle sexo oral y anal.

Su padrastro lo odiaba y también se odiaba a sí mismo. Nunca he conocido a nadie que cargara tanto odio como el padrastro de bijirita.

(Pausa)

Después de un tiempo llegué a saber porqué este hombre odiaba hasta a los santos.

(Con desprecio.)

El más abusador con bijirita era su primo de 17 años, apodado el *cabezón*. Éste lo vendía o lo cambiaba a otro de mayor edad como si bijirita fuera una mercancía, y le cobraba según el tipo de sexo que *bijirita* le hiciera.

(Pausa.)

Las masturbaciones tenían un precio, el sexo oral o el anal, eran más costosos.

(Con dolor.)

Yo escuche a bijirita suplicar y llorar para que no le hicieran sexo anal, pero lo obligaban, lo sometían con amenazas y hasta golpes. Si bijirita forcejeaba para evitar que lo violaran, lo amarraban del cuello a un árbol como a un animal. Si gritaba, tiraban de la soga y lo golpeaban en el estómago para provocarle el

asfixie hasta que se extenuara y se tranquilizara. El pepino... de todos los pedófilos era el más sádico. Antes de penetrarlo comenzaba de una forma eufórica a chuparle las nalgas y a morderle la espalda. En ocasiones era de tal manera su descontrol, que le pegaba y le decía: -- ¿Mami, sientes placer que tú macho te pegue? Los golpes iban en aumento hasta que veía a bijirita llorar. Entonces se volvía como un demente y lo forzaba a doblarse y lo penetraba bruscamente, gritándole con rabia. ¡Perra, estate tranquila!... ¡Yo soy el que manda!... ¡Yo soy el dueño de tu culo! Lo seguía golpeando por el estómago hasta dejarlo sin resuello y así se saciaba como un animal. Al terminar, tomaba de los cabellos a bijirita y lo hacía mirarlo, quizá era la forma de sentirse el gran macho. Dejaba llorando tendido en la tierra a bijirita, retorcido de dolor.

(Con asco.)

¡Hasta hoy... no he conocido nada más despreciable que un pedófilo!

(Toma el tirapiedras, le pone una calderilla y tira, rompe algo de cristal.)

El cabezón decía que bijirita era su perra y lo cambiaba por un helado o por cincuenta centavos. Aunque fueran varios los violadores, siempre y cuando le pagaran la cantidad acordada.

Lo vi arrastrar por los pelos a bijirita para llevarlo al árbol donde lo amarraban para violarlo.

(Pausa.)

Hasta que no supe por qué el padrastro de *bijirita* lo odiaba, estuve sin comprender el desprecio que él manifestaba.

(Sonido de taca, taca.)

No sé, si fue lástima o amor lo que yo comencé a sentir por *bijirita* pero algo me llevaba a pasar por donde él estaba y buscaba algún motivo para hablarle o saludarle amablemente.

(Cesa el sonido de taca, taca. Animado.)

Una vez le regalé un *tirachapas*. Bijirita quedó sorprendido y sin saber cómo pagarme, quiso masturbarme.

(Carga el tirachapas y tira.)

A pesar que me negué, sentí mi pene erecto. Al verme tan excitado se me quedó mirando y se le salieron algunas lágrimas. Quizá creyó que lo despreciaba. Sentí deseos de abrazarlo y no me atreví. Me percaté que el notaba mi pene erecto y eso me cohibió.

(Carga nuevamente el tirachapas y tira al vacío.)

Experimenté temor que al sentir mi pene en su cuerpo, sospechara otras intenciones, las cuales yo mismo sentía pánico en dárselas a conocer.

Siempre he sido un ser de tantas limitaciones, que he terminado marginándome de lo que realmente soy.

Lo observé jugar felizmente toda la tarde hasta que llegó el cabezón y le arrebató el *tirachapas* de las manos y lo partió en dos.

(Parte el tirachapas con las rodillas.)

Lo amenazó con matarlo si había hecho sexo sin su autorización.

Por más que le insistió para saber quién le había dado el *tirachapas*, *bijirita* no se lo dijo.

(Sorprendido.)

Aquel valor de *bijirita* de imponerse al dolor no podía comprenderlo.

Por la noche no dormí pensando cómo hacerle daño al abusador pedófilo del *cabezón*.

Cuando regresé de la escuela tomé mi tirapiedras, trepé por unos tejados y me escondí. De proyectil tome una calderilla de hierro.

(Toma el tirapiedras en las manos.)

El *cabezón* estaba de espaldas a unos cincuenta metros de mi escondite.

(Apunta con el tirapiedras y tira.)

Hubo que llevarlo al policlínico para contenerle la sangre.

(Siente satisfacción.)

El metal se le quedó incrustado en su occipital.

(Sarcástico.)

A los negros del barrio 64 se les culpó. Tenían una guerra con nuestro barrio.

¿Ninguno de ustedes imagina por qué se le decía al barrio de los negros 64?

En la charada, significa *muerto grande*. El hecho de que los negros cargaran con la culpa, trajo una guerra sin cuartel entre los dos barrios.

(Pausa.)

A dos negros que se capturaron... que ni vivían en el barrio 64, los amarraron encima de un hormiguero.

El *cabezón* intentó darles candela pero a los gritos de los dos jóvenes acudieron personas mayores y lo impidieron.

(Con malicia.)

Personalmente le dije al *negro cotunto* que el responsable había sido el *cabezón*.

Al tercer día cuando cruzaba en bicicleta por el barrio 64, los negros le tendieron una emboscada. Lo enlazaron como a un toro, lo derribaron de la bicicleta y le dieron tantos golpes que el *cabezón*, tuvo que visitar el policlínico nuevamente.

(Con satisfacción.)

Mientras duró su recuperación sentí a *bijirita* feliz.

Le hice otro *tirachapas* y quiso agradecérmelo con sexo oral.

(Pausa.)

Nuevamente quedó desconcertado por rechazarlo y ver mi pene erecto.

Comenzó a llorar, diciéndome que a él todo el mundo lo despreciaba.

Entonces lo abracé sin importarme que sintiera mi pene y me excité aún más.

Al sentir correr sus lágrimas por mi cuello, experimenté un escalofrío por todo mi piel.

(Demuestra la sensación.)

Perdí la noción del tiempo y quedamos abrazados, yo sintiéndome más excitado y con deseos de penetrarlo. Fue *bijirita* quien rompió el hechizo. Salió corriendo al ver venir a su padrastro.

Con su cara de odio el padrastro pasó cerca de mí, mirándome con tan mala cara... que sentí temor de su desprecio.

(Sonido de taca, taca.)

Esa tarde creí que se coloreaba un lirio oculto en mi corazón.

Ese lirio blanco al que la vida le va dando diferentes matices.

(Desaparece el sonido.)

Era difícil explicarme los sentimientos que me nacían por bijirita. Sentí felicidad de tenerlo abrazado llorando en mi hombro y de que sus lágrimas corrieran por mi piel. Desde ese instante no dejaba de pensar en él, a pesar que una voz interior me decía, que el sexo entre hombres, era un pecado diabólico.

(Pausa.)

Por más que intentaba explicarme tales sentimientos, no comprendía el porqué. Quizá la educación que había recibido de mi madre era lo que me llevaba a la incompreensión de mi mismo. También experimentaba pánico que mi madre sospechara lo que sentía por bijirita.

(Toma el tirapiedras y apunta al público.)

Esa noche soñé que bijirita se había convertido en un almendro y que el *cabezón*, en un pájaro carpintero. Que el taca, taca, perforaba la corteza del árbol y que su padrastro con un hacha quería talarlo.

(Pausa.)

En el sueño decidí cazar al pájaro carpintero y dejar de sentir su taca, taca, taca, en mi interior.

Esperé la caída de la tarde. Al bajar las sombras como fantasmas de las copas de los árboles, quedé escondido tras el almacigo con mi tirapiedras y una calderilla de hierro.

(Se esconde como un cazador con el tirapiedras preparado para tirar. Refiriéndose al público.)

¿Será verdad que los sueños son la revelación del subconsciente?

(Con asombro.)

De repente... una criatura con alas blancas se posó en una rama del almendro y comenzó a besar la corteza.

De inmediato quedaron cubiertos los negros agujeros.

(Pausa.)

El padrastro de bijirita al ver posado en la rama al ser alado, echó a correr.

(Pausa.)

Los besos del ser alado trasformó el cuerpo de bijirita en un almendro florecido.

Me quitó de las manos el tirapiedras y me dijo.

–Si besas con amor los huecos negros que la maldad del mundo ha hecho en el alma de bijirita... ¡Sanarán!

(Sonido de taca, taca.)

Desperté sobresaltado sin dejar de escuchar el taca, taca, taca.

(Queda pensativo y contrariado.)

Quizá aquella criatura de alas blancas era el ángel de la guarda de bijirita o una revelación.

(Sonido de taca, taca.)

Después de aquel sueño desee aún más a bijirita.

(Deja de escucharse.)

En la mañana, mi madre me preguntó si estaba enfermo.

El miedo me paralizó y me obligó a mentirle pero de inmediato notó mi desconcierto.

Ella de alguna forma sabía que le mentía y me dijo:

(Con voz de la madre.)

--¡Si no te sientes bien, no vayas hoy a la escuela!

(En reflexión.)

Necesitaba descifrar el significado del sueño y porqué sentía por bijirita, un taca, taca, perforándome por dentro.

Llegué a la conclusión que yo era el ángel de bijirita; que sentía su vida como una cascada dentro de mí, y que debería besarlo para sanar sus heridas.

(Se sienta tratando de arreglar el tirachapas.)

Desde aquel sueño alado, llevo el taca, taca, del pájaro carpintero dentro de mí.

(Tira el tirachapas a un rincón)

Aquel sueño fue un desafío intenso de vencer el miedo.

(Corre asustado por escenario como si algo lo estuviera persiguiendo.)

Si en el sueño, un taca-taca, persiste dentro en tu interior, es que algún sentimiento te ha perforado el alma.

(Sonido de taca, taca.)

Me negaba a aceptar que el taca-taca, era por desear a *bijirita*.

(Pausa.)

Más de una noche me pregunté el porqué de ese taca, taca.

(Se sienta en el sofá.)

En mi frenética locura por bijirita, llegué a planificar el asesinato de su padrastro y del *cabezón*.

(Busca el tirapiedras, hace como un cazador y lanza una calderilla.)

La luz de la mañana y la aparición del sonido del taca, taca, del pájaro carpintero, me despojaban esas ideas de la cabeza, pero no mis deseos sexuales por bijirita.

Me excitaba pensar que le abría las nalgas a bijirita y lo penetraba lentamente o que bijirita besara mi pene.

(Se desploma en el sofá. Queda contrariado y pensativo. Se escucha una música clásica, preferiblemente. Silencio de Beethoven. Toma uno de los papeles arrugados tirados en el piso y lee el poema que había escrito de madrugada.)

Miedo:

No tuve valor de recoger en tus labios la tarde cuando se vierte,
sin embargo, sembraste en mi carne el golpe seco de mi destino.

He deambulado como un sonámbulo entre rosas majestuosas
que se han ido abriendo y marchitando a mi paso.

En las alas de un pájaro he retornado a buscarte
y solo he sentido tus lágrimas humedecer mi piel.

Desde aquella tarde de asiduas avispas y coloridas mariposas,
he aprendido amar lo que no alcanzo a tocar.

¡He ido existiendo en el relieve negro del tiempo!

(No se deja de escuchar la música. Se levanta y camina leyendo el poema en voz baja.

Termina arrugando el papel y lo lanza a un rincón.

Retoma el control y viene a proscenio.)

Escondido de mi madre me escapé hacia el río, quedaba a uno o dos kilómetros de mi casa.

Caminé río arriba para evitar tener que bañarme con los muchachos de otros barrios, porque entre ellos había pedófilos tan siniestros o más que el pepino.

(Sarcástico.)

Un encuentro inesperado podía costarte hasta el culo.

El barrio de los laguneros tenía tantos pedófilos que se cogían entre ellos.

(Asombrado.)

Los más depravados se sentaban desnudos en las piedras a la orilla del río y comenzaban a masturbarse; echando competencia de quien tiraba la leche más distante.

(Con asco.)

El *pepino*, así lo apodaban porque siempre se estaba masturbando a cuentas de las nalgas de otro. Inesperadamente salía corriendo de su escondite y le tiraba la leche en las nalgas a la víctima, que siempre era menor que él.

(Sorprendido.)

Nos bañábamos desnudos. El *pepino* y otros pedófilos asquerosos salían de su escondite y te gritaban que su leche era para tus nalgas.

(Afirmando.)

Si le permitías semejante cosa a un pedófilo, desde ese momento tu culo tenía un precio, y entre ellos se rifaban tu culo... En el barrio jugando a las canicas cuando te agachabas, te cruzaban por detrás con el pene en erección y te lo pasaban por las nalgas.

Si jugabas a los escondidos, se escondían a tu lado para enseñarte su pene erecto, y los más violentos, te obligaban a masturbarlo o hacerle sexo oral.

(Compasivo.)

A Miguelito, un mulatito refinado a quien su madre dejaba para que tomara clases de piano en nuestro barrio. Un día se puso a jugar a los escondidos y engañado, lo llevaron a un solar que tenía una casa en construcción y lo violaron.

Cuanto más lloraba, más le pegaban para callarlo.

(Pausa.)

Tomé la precaución y me bañé con mi tirapiedras colgado del cuello y las calderillas dentro de la boca.

El *pepino* salió de repente de entre las hierbas, gritando que su leche era para mis nalgas blancas.

Quedé paralizado, instintivamente cargué mi tirapiedras. Yo odiaba al *pepino* como a todos los depravados pedófilos, que abusaban con los más jóvenes que ellos.

(Toma el tirapiedras, le pone una calderilla y tira.)

Le encajé una calderilla en la ingle y otra en el muslo. Cayó al suelo revolcándose, diciéndome improperios, jurando que me mataría.

(Hace que corre asustado.)

Recogí mi ropa y eché a correr desnudo por la orilla del río.

(Agitado continua.)

¡Cuando me estaba vistiendo... vi que la maleza se movía!

Pensé que era el *pepino* que me había perseguido u otro de los pedófilos que se juntaban con él.

(Vuelve a cargar al tirapiedras.)

Del bolsillo del short tomé la más grande calderilla y cargué mi tirapiedras.

(Pausa.)

Estiré al máximo las ligas apuntando hacia donde se movía la maleza.

(Hace el simulacro de disparar el tirapiedras.)

Decidido que la calderilla iría a uno de sus ojos.

Yo aún estaba sin zapatos y me temblaba el cuerpo como una hoja.

(Pausa.)

Recordé la paliza que mi madre me había pegado en una ocasión por venir a bañarme al río.

Dos años atrás se había ahogado un joven al que le apodaban el *bebito*.

Decían, que se había tirado para cruzar el río crecido y la corriente lo arrastró.

(Sorprendido.)

Había otra versión que unos pedófilos del barrio de los laguneros, lo habían violado y tirado al río para no levantar sospechas. Bijirita me corroboró esta versión.

Al otro día hinchado como un globo apareció su cuerpo entre los matorrales.

(Asustado.)

En ese momento me arrepentí de desobedecer a mi madre...

¡Pensé... para escapar, tengo que aceptar darle en uno de los ojos al *pepino*, de lo contrario sería hombre muerto!

El *pepino* era mayor que yo unos cinco años, corpulento como un toro.

Recordé la ocasión en que el *pepino* le dio unos mangos al *cabezón* para que *bijirita* le hiciera sexo oral.

(Con asco.)

Le provocaba arcadas al introducirle el pene hasta la garganta.